Hay algo extraño en nacer. No sabes quién eres, no sabes qué quieres y ni siquiera has tenido tiempo de tomar una sola decisión, pero en algunas sociedades ya hay alguien dispuesto a decirte qué vas a ser. Por ejemplo, en The Elder Scrolls, Los argonianos tienen una forma especialmente inquietante de entender esto. Desde que nacen están vinculados a unos árboles ancestrales que para ellos son mucho más que árboles: son memoria, origen, identidad.

Crecen dentro de una tribu, una tradición y una forma de entender el mundo que ya existían mucho antes que ellos, y hasta las estrellas pueden convertirse en una especie de sentencia. Hay niños que, dependiendo de cuándo nacen, son considerados apropiados para un destino concreto y son educados para convertirse en asesinos, no porque hayan elegido ese camino, sino simplemente porque han nacido bajo las estrellas equivocadas. Y quizá lo más peligroso no sea que otros decidan tu destino, sino que tú acabes creyéndotelo. Porque cuando piensas que tu vida ya está escrita, todo empieza a encajar demasiado bien: sufres porque tenías que sufrir, porque "tocaba" sufrir, tus éxitos estaban ya escritos y, de repente, la vida deja de merecer ser vivida, pues, de esta forma, no es vivida, sino recorrida.

Lo curioso es que la historia de los argonianos termina mostrando la otra cara de esta idea de una forma todavía más cruel. Algunas de estas sociedades nacidas en ciénagas tratan de alterar los ciclos vitales a fin de crear un tipo u otro de ser que les sirva en sus propósitos burocráticos y comerciales. Una sociedad en la que nacer bajo un árbol concreto te define casi íntegramente, no preguntes, no cuestiones, pues es una costumbre ancestral y la refutación pronto será concebida como ataque. Curiosamente, en el universo de The Elder Scrolls, cuando te paras a observar los puertos, las granjas, las embarcaciones... La raza más explotada y esclavizada es la argoniana.

Hoy mi tarea es curar al lector del destino. Del Karma. De la astrología. Puede que incluso de Dios.

Es posible que alguna vez hayas escuchado eso de "estábamos destinados a estar juntos", o "mi destino es ser pobre", quizás aquello de "nos ha tocado vivir así". Todas estas percepciones han sido convenientemente introducidas históricamente en el pensamiento colectivo con diferente careta a lo largo de los años. Destino, Dios, signos (Acuario, Piscis, Aries...), Karma...

Surgen, primero y probablemente por culpa de los filósofos griegos empecinados en establecer valores humanos a la naturaleza. Las mejores ideas son las que se acercan al "Bien", y el universo se forma en torno a estas. Por tanto, lo que nosotros, humanos, hormigas, simples huéspedes en el cosmos, consideramos bueno, debe entonces ser lo que ordena el universo, ¿no?

Entonces, si esto es así, y está claro que nosotros estamos atados de una forma u otra al universo, estamos también siendo definidos por el bien que este depare para nosotros, siendo, por supuesto, coincidente con nuestra cultura y valores.

Entonces, comenzamos a creer que el Destino, en sus diferentes formas, moldea nuestra vida, y que lo que ocurre debía ocurrir. Esta visión es peligrosa, muy peligrosa, tanto o más que un loco con un arma apuntando a la gente por la calle. Aun así, nos hemos desarrollado como civilización creyendo en ella. La creencia en el Destino supone, por consiguiente, el sacrificio del libre albedrío en pos de la entrega a ciegas a lo que el universo, que creemos consciente y con blancas barbas, determine para nosotros. Lo que hace peligroso esto es que el universo no depara NADA para nosotros. No pretende, no considera, es caos puro, y no por ello malo. El caos que lo compone supone también la armonía que el azar puede crear. Nosotros mismos somos producto del azar universal. Partículas, átomos, moléculas que se movieron de una forma concreta, reacciones químicas... Y es que el pequeño mundo cuántico, que compone nuestras entrañas como realidad, es casi íntegramente azar. Según de Broglie, las partículas más pequeñas pueden funcionar incluso como ondas según su movimiento.

El Universo tenía 10.300 millones de años para el momento en que la vida surge en la Tierra. 10.300 millones de años de azar, sin un observador, sin una conciencia, solo materia y energía en movimiento. Nunca necesitó el universo de un humano. Y, en un momento concreto, nace la vida en la Tierra de pura casualidad. Si tomamos esta consideración, pensaremos, por un lado, que la vida es bella por su rareza, por lo difícil de su formación. La vida es extremadamente especial como para atribuirla al destino o a una conciencia que es hoy un padre ausente. Atribuyamos la vida a la vida, al caos. Y, por tanto, amémosla. Por otro lado, es entonces complicado asumir o seguir considerando que, a pesar de que toda la existencia se rige por un precioso azar, nuestras vidas sí se ordenan por Destino.

Un destino que nos reduce a simples espectadores de una película. Simples recorredores de un camino. Porque, si todo está predispuesto a ocurrir de una manera, entonces no somos responsables de nuestra acción. ¿Qué más da lo que haga? ¿Qué importa lo que me esfuerce si fracasaré o tendré éxito según los designios de una entidad que ni conozco ni conoceré? Entonces, de nuevo, se repudia indirectamente el esfuerzo.

Y es que vivir bajo el amparo del destino es muy cómodo por la anulación de la culpa propia en la pena, en los malos momentos. Se pasa mejor el duelo cuando se asume que “así lo quería el destino”. Hemos buscado, o nos han buscado, un agente de comodidad. Porque resulta, hasta para mí, impactante pensar que mis acciones son mi

responsabilidad íntegramente, y que el caos de la vida puede caer a mi favor o no. Puede irse un ser querido, o puedo ganar la lotería; al universo no le importa una mierda. Pues, o no tiene conciencia, o, de tenerla, sería extremadamente soberbio pensar que sus valores coinciden con los nuestros.

Aquí también entra "el Karma". El mundo tiene en cuenta tus acciones y, si has obrado mal, entonces vendrán cosas malas. De esta forma, cuando alguien actúa bien y no recibe más que palizas de la vida, refutando esta consideración, se pasa a pensar simplemente que "la vida no es justa". La vida no es justa o injusta, primero, porque no tiene por qué ser nada que nosotros queramos que sea, y segundo, porque simplemente es.

Los signos del zodiaco, que, de forma similar a la argoniana, pretenden definir tu vida o tu forma de ser, son, de nuevo, una predestinación, que, así como le ocurre a este pueblo, nos lleva a ser esclavos. Nadie debería establecer un dogma, ningún hombre puede obligar a otro hombre a ser de una forma definida. Cada quien es libre de creer que una constelación define tu manera de pensar y actuar. El problema no es creer o no, son las consecuencias en la sociedad. Se rehúye la conversación con uno mismo, pues es más fácil creer que "soy así y punto". "Nací así". De nuevo, la culpa de tus acciones no es tuya, sino de la forma en que se organizaron las estrellas el día en que naciste. Extirparnos la culpa no es solo extirparnos del mal, de la tristeza o las desgracias, que ya es en sí peligroso. Es también quitarnos el bien, quitarnos el mérito, y hacernos inconscientes del enorme poder que tenemos por el simple hecho de nacer humanos.

Un potencial infinito, imposible de moldear por aquellos que quieren que todo esté escrito. El individuo define su historia, escribe sus líneas, y el azar las edita. Estamos sujetos al azar, no al destino. Sin embargo, es necesario usar la rendija de libertad que esta realidad nos cede. No sacrificar nuestro libre albedrío en pos de una creencia cultural limitante, producto de aquellos que quieren una vida más fácil de vivir y creen que el universo ha de adaptarse a ellos. No se debe actuar según los principios del mundo, del Karma, de Dios, del Destino. Actuemos según los propios, y, para hacerlo, primero hay que detenerse a crearlos. Hablar con uno mismo. Dejar de mirar al cielo y mirarnos a nosotros. No se puede pedir al azar que la moneda caiga a nuestro favor, pero podemos hacerla caer.

Asimismo, este señor que, según, de nuevo, otros hombres, vive ahí arriba, con barba blanca e infinita sabiduría y poder, que ha dejado a niños morir a manos de sus secuestradores, a pueblos sufrir en guerras, familias destruirse en pos de su plan divino, que nadie conoce más que él y, por tanto, no se puede cuestionar, también ha sido moldeado por la humanidad y su conveniencia. Qué curioso es que Dios tenga

también nuestros valores, sea consciente y tengas que rezarle para obtener una respuesta. Más bien, creo que este dios que nos han vendido es un padre ausente. Si no apareció para los niños de aquella isla, ¿por qué aparecería para hacerte aprobar ese examen? ¿Para curar la enfermedad de tu madre, después de que reces incansablemente ante la impotencia de no saber qué más hacer? Y es que dado que Dios es omnipotente, ¿por qué necesitaría de rezos para ejecutar su acción, o simplemente para escuchar a sus devotos? No los necesita en absoluto. Los necesita el creyente, buscando fuera del mundo una compañía, porque el mundo no le es suficiente.

Este no es mi Dios, es el Dios de los mismos que intentan decirte hasta dónde puedes llegar. Ese mismo que, de nuevo, si obras mal, te envía para toda la eternidad a ser castigado. Y es que, claro queda que no va mi idea en contra de Dios, ni tan siquiera de los cristianos o creyentes, cierto es que las ideas de Jesús merecen indudablemente ser escuchadas por el gran bien que pueden hacer. Voy contra la paupérrima interpretación humana, que en su afán de comercializar la vida, comercializó a Dios y llega siglos vendiendo su cadáver.

Si Dios existe, por supuesto que nos ama. Nos ama porque estamos vivos. Si Dios existe, es el universo, regido por sus reglas, a las que NOSOTROS debemos adaptarnos, y no al revés. Y el plan divino del universo es el caos, el azar. El mismo que ha permitido nuestra vida, el mismo que permite la armonía y belleza del cosmos, y el mismo que lo destruirá todo. Es conveniente abandonar las creencias limitantes y vivir. Vivir con esfuerzo, sabiendo que lo que nos hace sentir mal es nuestra responsabilidad, y que nuestros logros también lo son. Pues todos estamos regidos bajo el mismo azar y este no es tampoco excusa ni agente que nos exima de dolor o gloria. Todos vivimos bajo la misma suerte y caos, así que, si consigues eso que lleva en tu cabeza tanto tiempo y que parecía solo tener forma en tus sueños, agradécetelo a ti y a los partícipes, a los que amas y te aman, pues lo has logrado bajo el mismo azar que el resto de humanos, que, corriendo la misma suerte, no lo hicieron.

Tras un tiempo viviendo, habiendo abandonado las creencias limitantes, puedo decir que es difícil no mirar arriba suplicando ayuda al cosmos. Ahí ha de residir nuestra fortaleza, no en pedir ayuda al Karma, a Dios, al zodiaco o al destino. Siempre que hemos necesitado más, llamémoslo último empujón o simplemente un golpe de suerte hemos tendido a, o bien mirar hacia abajo como subordinados de aquel en quien creemos encontrar la solución al problema, o hacia arriba, como subordinados del Dios que a cada uno le toque. Subordinados del árbol bajo el que se crezca. Definidos por otros. Es tiempo de mirar al frente, no arriba y no abajo, mirar al caos a los ojos, mirar a la vida e intentar condicionar el azar lo máximo posible, hacer gala del poder que tenemos por nacer. Pues nadie puede ayudar más que uno y en nadie depende más

recibir bondad y apoyo que en ti mismo. ¿Recuerdas la esclavitud argoniana? Mira ahora a la humanidad y piensa si acaso no somos esclavos nosotros, pues, dada la misma condición de predestinación limitante pero, de nuevo, con otra máscara, raro sería que no compartiéramos también el yugo de un dominador invisible, que somos incapaces de reconocer pues está justo frente a nosotros.